

**IDOE – Instituto de Dirección y Organización de Empresas, Universidad de Alcalá,
Nro. 34 / Marzo 2010**

necesidades de productos y servicios de la sociedad. Es lo mismo que la definición del riesgo y su gestión, que acompañan a la libertad de elección; si primeramente no se ha generado una orientación muy clara de los fines perseguidos en esa actividad, difícilmente va poder orientarse una política de riesgos o pueden calcularse los riesgos en las interdependencias entre los distintos factores implicados en los procesos empresariales.

Principios básicos de actuación de personas e instituciones

Por último, debemos señalar que hay dos principios integradores y que son vinculantes a la economía y a la ética y que constituyen la base que interrelacionan ambas ciencias y la praxis económica y empresarial.

Estos dos principios son:

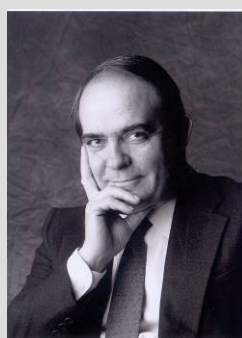
- *Productividad*, esto es, el uso razonable de los recursos escasos disponibles, bien dentro de una unidad cerrada, por ejemplo, una empresa, o bien a nivel abierto o planetario, de tal manera que de lo que se trata es de una actuación razonable de no despilfarrar recursos escasos de ninguna naturaleza, ni en el momento actual ni en los problemas que plantea la solidaridad intergeneracional. La *productividad* es la pieza básica del pensamiento económico y empresarial, y la productividad es uno de los elementos vitales en la propia ética porque nadie tiene derecho a despilfarrar a costa de las generaciones actuales o futuras y recursos escasos naturales, materiales o intelectuales. No es la productividad una mera funcionalidad técnica, sino que es una pieza sustantiva en el desarrollo del comportamiento y del reto humano ante la actividad económica.
- El segundo principio básico es el *desarrollo de la persona* que es la que tiene los potenciales y la que puede desarrollarlos en cooperación con otros. Es el único ser que puede desarrollar potenciales y no se trata solo de que disponga de empleo, de actividad, sino que disponga de posibilidades para el desarrollo de los mismos y que pueda cooperar con los demás para que esos potenciales sean compartidos en base a los valores asumidos. Con ello puede compartir los objetivos que facilitan luego la coordinación técnica, la coordinación social en el contexto de todas y de cada una de las empresas. Solamente por esta vía es cuando se ponen en marcha los mecanismos del desarrollo de *lo común* que es lo que facilita a las instituciones la armazón básica para dirigirlos. Por otra

parte, en el management sin ética no hay largo plazo, ni sostenibilidad, porque no hay fines que compartir y al no existir fines que compartir no hay objetivos compartidos y, consecuentemente, no puede haber racionalidad económica. Esto quiere decir, fallará la lógica económica tal como puede apreciarse hoy por doquier.

Por consiguiente se trata actualmente de la recuperación de los valores de responsabilidad e integridad para que esa cooperación entre las personas sea en base a las competencias de esas personas integradas en algo que une, que es común, en instituciones compartidas y no anónimas. Por lo tanto se tiene que recuperar la economía situando a la misma con la primacía de *lo económico* sobre *lo financiero*. *Lo financiero* debe volver a su sitio, con claras reglas de juego y se debe recuperar a través de *lo económico* la dimensión social, lo común y, por lo tanto, la institución que es en la que se comparte y a la que se contribuye. Aquí se genera valor y es el reto del desarrollo de la persona.

Esto es lo que permitirá innovar, crear, dar nuevas respuestas, generar retos, lograr el desarrollo humano en esencia. No hay ninguna otra vía.

Santiago García Echevarría



Santiago García Echevarría nace en Bilbao y culmina su formación con el Dr.rer.pol. por la Universidad de Colonia y el Dr. Ciencias Económicas y Empresariales por la Universidad Complutense de Madrid. Catedrático de Política Económica de la Empresa en la Universidad de Alcalá, es Presidente de

Honor de la Asociación Alexander von Humboldt de España, Vertrauenswissenschaftler de la Fundación y vocal del Consejo Consultivo de Privatizaciones. Es Dr.h.c. por la Universidad de Erlangen-Nuremberg. Ha sido profesor de la Universidad Comercial de Deusto, de la Universidad Complutense y de la Universidad de Barcelona.

Esta publicación se encuentra en: <http://dspace.uah.es/dspace/handle/10017/2414>.

**IDOE – Instituto de Dirección y Organización de Empresas, Universidad de Alcalá,
Nro. 34 / Marzo 2010**

Prof. Dr. Santiago García Echevarría

ÉTICA Y ECONOMÍA

Las causas de la crisis financiera y económica que han creado uno de los momentos más graves en el desarrollo de nuestras sociedades no son solo una mera consecuencia de problemas técnicos y sociales. Van más allá y son consecuencia de cambios que se inician a mediados de los noventa. La pérdida de confianza en instituciones y personas proviene de concepciones y comportamientos que han hecho caso omiso de la persona y su dimensión ética. La recuperación de la confianza y la salida de la crisis para un cambio profundo es la integración de la ética en la economía con el fin de lograr la racionalidad que se genera en el largo plazo. El proceso de cambio no es un cambio técnico, es la recuperación de la dimensión antropológica de la persona en sus interacciones económicas y sociales.

Economía y ética

La economía necesita de la ética para su funcionamiento eficiente, pero tampoco la ética tiene sentido sin la economía. Esta es la realidad humana y ambos son componentes constitutivos de toda interacción humana, son los que generan la confianza, crean las bases institucionales.

La realidad de este dilema ética y economía constituye un viejo debate que en el ámbito de la teoría se refleja ya en la edad media en torno al “*comerciante honrado*” (*ehrbare Kaufmann*), luego ya en el comienzo de la nueva concepción económica con Adam Smith, en lo que concierne a la concepción del mercado y en lo que afecta también posteriormente y en tiempos recientes a la presentación conceptual de la economía por parte de Milton Friedman como referencia.

En la *teoría* el debate en torno a la ética y a la economía constituye, sin duda, una base significativa en lo que conforma su metodología básica referente al positivismo y al normativismo que condicionan de manera muy significativa las diferentes etapas del pensamiento económico, desde el clasicismo al neoclasicismo, desde el historicismo a la Escuela de Friburgo, por citar solamente algunas de las tendencias.

En la *praxis* se refiere la ética fundamentalmente al contexto de la *función de utilidad* de la persona que constituye, sin duda, junto a la *función de utilidad del conjunto*, de “*lo común*”, la dimensión institucional. La persona es siempre el problema central tanto en la conceptualización de la teoría económica como en la *praxis* económica. En los debates sobre el papel del “*homo economicus*”, como en la interpretación de la persona en la construcción del pensamiento económico, en particular, en el neoclasicismo, lleva a una interpretación positivista que crea, desarrolla e impulsa conceptos económicos lejanos de la realidad y de los comportamientos humanos. Genera capacidad analítica, pero no da respuestas. Esta es la causa de la crítica a la microeconomía.

Por su parte, en la *praxis* se ha generado en los últimos años un tipo de “*persona*”, de carácter ejecutivo, predominantemente en el ámbito financiero, que refleja una interpretación dominada fundamentalmente por la *función de utilidad individual*, el repliegue de la “*dimensión social antropológica de la persona*” y el rechazo de “*lo común*”, por tanto, se debilita la dimensión institucional, clave en la pérdida de confianza. El exponente más claro es, sin duda, un gran economista como Milton Friedman, pero cuyos planteamientos económicos trastocan básicamente la función de utilidad al romper con la realidad antropológica de *lo social* en la persona.

Ética, economía y finanzas

Es importante diferenciar claramente entre el papel de la ética, la economía y las finanzas. La ética corresponde siempre a esa dimensión integral, largoplacista, es lo global, es lo que da orientación a la acción humana y constituye la base de lo sostenible a largo plazo. Puede decirse que la ética es el soporte para el cambio, es la clave de los procesos del cambio. Si no hay esta orientación no puede cambiarse. Ya que la economía, que también es el largo plazo y que constituye la clave de la contribución al desarrollo de la persona y de las instituciones sostenibles, generadoras de confianza, es la que crea valor y, sobre todo, es la que constituye ese reto humano que permite a las personas su desarrollo personal. Las finanzas, que se caracterizan por tener una situación que se define por su cortoplacismo en los momentos actuales, no crea valor y no es un reto humano, sobre todo, por su ausencia de lo social y de la persona en el rol de la actuación de las interacciones humanas.

El problema grave hoy es que la repentina primacía “*de lo financiero sobre lo económico*”, ha trastocado totalmente en los últimos quince años no solo el comportamiento de la función de

utilidad global, por la pérdida de la dimensión ética, sino que ha acentuado los comportamientos de la función de utilidad individual, llevando a extremos bastantes desgarradores, tanto desde el punto de vista económico como del social. Lo que hay que recuperar es la primacía de *lo económico*, si se quieren crear y desarrollar personas que sean capaces de volcar su potencial disponible para contribuir al desarrollo con su contribución al bienestar de las personas. El problema grave de esta primacía de *lo financiero* sobre *lo económico* es que se ha perdido la dimensión antropológica de “lo social” en las personas, por lo tanto, lo institucional y no hay “*bien común*” como referencia, sino que se derrumba consecuentemente la institución como elemento común que aglutina las funciones de utilidades individuales en la función de utilidad global, base de la acción económica racional.

Relación e interacción de la acción económica y los procesos de cambio

La ética es, por lo tanto, la función de utilidad global y es la que orienta fundamentalmente el cambio y sus procesos. Los instrumentos, los medios, no dan orientación, ni pueden orientar el cambio; pueden contribuir técnicamente a hacer el cambio, pero no a orientarlo y, por lo tanto, darle vida o contenido. La economía es la función que orienta las interacciones en los procesos económicos, pero necesitan de orientación, de objetivos finales, que están más allá del *hecho económico*. Esta es la tarea de la ética.

Se puede plantear cómo se ha llegado a la pérdida del valor ético en las transacciones humanas y pueden apreciarse claramente dos periodos muy marcados:

- El periodo de 1960 hasta 1995 que se caracteriza por una continuidad y, por lo tanto, un diseño fundamentalmente institucional en la Europa Continental y también, en gran medida, en el ámbito anglosajón, pero en 1995, en su entorno, se produce una ruptura radical, como consecuencia fundamentalmente de las concepciones económicas en torno a Milton Friedman y la interpretación de *lo social* no como elemento antropológico de la persona y de su comportamiento económico, sino como un elemento disciplinar que no entra en el hecho económico.
- En 1995, en su entorno, surgen dos conceptos que cambian totalmente la naturaleza, tanto de las funciones de utilidad globales, de la ética, como de las funciones de utilidad singulares, de las personas, generando una situación de ruptura, en bastantes casos, que son el motivo básico de la crisis financiera y su consecuente crisis económica, problema que subyace en el pensamiento económico dominante. De ahí se genera fundamentalmente esa equivocada primacía de *lo financiero* sobre *lo económico*. Esos dos conceptos básicos son:

1. *Stock Options*, que en principio estaba concebido como una medida para fomentar funcionalmente la atraktividad, dentro de un concepto de teoría de agencia, de los directivos, de tal forma que la remuneración a través de la maximización de la capitalización bursátil ha generado una situación que ha llevado a casos extremos y a grandes dificultades como lo demuestra la reciente historia. Lo que ha hecho es fundamentalmente impulsar el desarrollo de la función de utilidad individual con una clara ruptura sobre la función correspondiente al *bien común*, a la dimensión social y a la creación, mantenimiento y sostenibilidad de la institución como punto de referencia y de integración. De ahí surge la desaparición de la *confianza*, piedra angular de la racionalidad económica.

2. *El Shareholder Value* de forma que corresponde a esa teoría de agencia en la cual se trata, así mismo, de dirigir, manejar y organizar la empresa desde el criterio de maximización de valor en la capitalización bursátil. En 2005 se comienza también a percibir un nuevo cambio en el mundo anglosajón y de la Europa Continental, ya que por esta vía es imposible realizar los procesos de dirección y toma de decisiones empresariales, ya que no tiene nada que ver con el management o con la creación de valor, e incluso con el desarrollo de las personas.

Estos dos conceptos irrumpen radicalmente en estas funciones de utilidad individuales y globales y nos encontramos como consecuencia en la primera década del siglo XXI en una situación extremadamente complicada consecuencia de diez años de un cambio de cultura empresarial por los dos conceptos básicos que acabamos de mencionar. Proceso abierto y con graves problemas en la realidad económico-social. En la Europa Continental es muy tardía la entrada de estos conceptos en el contexto de su cultura económica y empresarial con grandes problemas, en muchas de las empresas que lo han implantado y, consecuentemente, situaciones de delicada controversia.

Y es, como se ha mencionado, en el año 2005 cuando se inicia una nueva orientación a nivel político, a nivel empresarial, sobre todo en altos responsables de las diferentes asociaciones empresariales y de grandes empresas señalando que hay que dar marcha atrás en una orientación al *shareholder value* y hay que volver al modelo tradicional de la Europa Continental, de un *stakeholder*. Esto es, el que todos los grupos

contribuyan al desarrollo de la empresa, a la recuperación y consolidación de *lo ético*, de *lo social*, desde un punto de vista de configurar “*lo común*”, en consecuencia, a la recuperación la institución. La recuperación de la institución y de la persona son las claves para la recuperación de la confianza. Solo la responsabilidad asumida en libertad y la recuperación de la institución son la base de una recuperación de los valores de integridad y decencia.

La persona en el ordenamiento económico-empresarial

Puede señalarse que el problema se centra en la pregunta ¿Dónde se encuentra la persona en el ordenamiento económico-empresarial? En realidad la cosificación de todas las interrelaciones económicas y sociales entre las personas, el paso a segundo término de la persona, como ser creativo e innovador, ha puesto en una situación tensa la valoración del contexto del desarrollo de la persona y de la institución. Los procesos económicos son procesos de largo plazo, tal como se ha mencionado, son procesos institucionalizados basados en el *bien común*, lo cual no sucede con el tema financiero que es prácticamente sin personas, sin bien común, sin dimensión institucional y sin instituciones como puede verse en el día a día. Lo suyo es el anonimato, la cosificación de las relaciones. La persona constituye el eje fundamental del desarrollo y del crecimiento económico, al desarrollar sus potenciales, que son fruto de sus competencias, buscando luego, a través del ordenamiento económico y social, aquella forma de cooperación que hace más eficiente el que pueda darse una respuesta adecuada a las necesidades de las personas.

Por ello, estamos hoy, por un lado, en una cooperación centrada en la coordinación de corte más neoclásico en la cual se trata de los mercados, con todo el problema de los inexistentes mercados perfectos, y la existencia de oligopolios estrechos como pieza fundamental en el contexto regulador-intervencionista y, por lo tanto, estamos hablando de la función individual, de la ética individual. Sin embargo, lo que tenemos que resolver es el problema en lo económico de la cooperación entre las personas por la vía de la asunción de las responsabilidades individuales en su contribución a crear “*lo común*”, esto es, la institución y, por lo tanto, no solo dentro de una empresa, sino cada vez más en los temas de redes compartidas en las que surge el tema de la ética social o de la ética de las instituciones con todo el derivativo de las CSR.

Papel del mercado y desarrollo de la persona

La Economía de Mercado constituye, sin duda, el orden económico natural más importante para el desarrollo de la persona. Es bastante más que un mero instrumento, es una parte constitutiva del desarrollo de la persona como ser creativo e innovador. Por ello es importante la existencia y el cuidado del mercado pues constituye esa institución vital para el desarrollo del intercambio entre las personas, por

una parte, para lograr su propia función individual que sea el motor en el que la persona desarrolla sus potenciales, pero, al mismo tiempo, y, por otra parte, que esa recompensa por ese esfuerzo se vea legitimada por el hecho de su contribución al *bien común*, esto es, a la configuración de la institución y a esa dimensión social de las personas que hace que las competencias que tengan los demás sean aportadas para poder realizar esa actividad empresarial. Y la clave de todo el proceso institucional es eso que no tiene *lobies* en ningún órgano político, eso que es a veces tan difícil de definir, como es la competencia. Sin competencia no funciona esta institución relacionando entre la función de utilidad individual y la función de utilidad global, que corresponde a la economía individual y a la economía de las instituciones que pueda permitir una armonía y una dinámica que dé respuesta al desarrollo de las personas.

Ello lleva frecuentemente, y lo estamos viviendo permanentemente, a una confusión continua entre *fin*es y *medios*. La *ética* se centra fundamentalmente en los fines no instrumentales, sino en aquellos fines que trascienden en las personas de tal manera que se utilicen los medios mediante la orientación sostenible y a largo plazo de lo que se persigue, el por qué y el para qué, mientras que en los fines instrumentales domina la racionalidad económica en la que se mida y estudie de acuerdo con el contexto de las premisas aceptadas en las dimensiones de los fines. Se busca el cálculo de racionalidad más adecuado en la relación y utilización de los medios. La *ética* es la que genera los *valores* donde descansa la orientación de los medios que se utilizan y donde la eficiencia económica podemos medirla con el conocimiento disponible. Si la orientación global es errónea no sirven para nada todos los cálculos económicos de racionalidad, puesto que se ha planteado mal e interpretado inadecuadamente el proceso de cambio, en el uso de los recursos escasos.

Por lo que la actividad económica no es un mero *acto vectorial*, sino que es un *acto espacial abierto*, esto es, hay un espacio económico-social, esto es, un espacio que recoge la *lógica económica* y la *lógica social*, y dentro de ese espacio legítimo es donde se adoptan las decisiones empresariales. Por lo tanto, dentro de ese marco legal, que debe ser supervisado por el Estado, se debe generar la máxima libertad para cada uno de los agentes individuales, con su propia función de utilidad, así mismo cada una de las instituciones con su orientación y sus valores éticos para poder ser eficientemente utilizada en la disposición de los recursos escasos para dar respuesta a las